





# VIDA DE HANNAH COULTER

CHAI EDITORA



Wendell Berry

# VIDA DE HANNAH COULTER

Traducción de MATÍAS BATTISTÓN

Berry, Wendell

Título original: *Hannah Coulter*

© Del texto, Wendell Berry, 2004

© De esta edición, Chai Editora, 2025

© De la traducción, Matías Battistón 2025

Diseño de cubierta  
Ese Estudio

Foto de cubierta  
Manuel Bonacci

Diseño de colección e identidad  
Lamas Burgariotti

Primera edición en España  
septiembre 2025

ISBN: 978-84-129405-5-8

Depósito legal: M-13975-2025

[www.chaieditora.com](http://www.chaieditora.com)



Este libro está dedicado con total gratitud  
a Tanya Amix Berry



He abrevado al fin del tiempo que despoja  
Y despojando deja cada cosa en su lugar  
Una imagen de la eternidad  
Única y total.

Edwin Muir



## Parte 1



## 1. La historia continúa

—Lo alcé y lo llevé en brazos a casa.

Así es como Nathan solía terminar su última anécdota de la infancia, cuando se la contaba a nuestros hijos.

La historia se remontaba a 1940. Nathan tenía dieciséis años. Junto con su padre Jarrat, su hermano Burley y su abuelo Dave habían ido hasta las tierras bajas cerca del río, llevando una yunta de mulas y una carreta, para ayudar a un vecino a subir el heno al granero.

Hacía ese calor de fines de julio, “buen tiempo para el heno”, como decían. Dave Coulter, a quien yo también aprendí a llamar “abuelo” aunque nunca lo conocí, tenía ochenta, y prácticamente no podía trabajar. Mientras los más jóvenes cargaban, transportaban y descargaban, él iba de aquí para allá sin mucho que hacer, o se sentaba a la sombra y dormía, o les llevaba agua a los demás cuando necesitaban beber algo. A media tarde le dio uno de esos mareos que él llamaba sus “achques”, y Jarret le dijo a Nathan:

—Mejor que lo acompañes a casa. Necesitará que lo ayudes. Con cuidado.

Así que los dos fueron caminando juntos cuesta arriba, deteniéndose a menudo. Cuando les faltaba poco el abuelo se tambaleó y se desplomó, y no había manera de despertarlo. Nathan ya era un chaval grande, fuerte, así que lo alzó y subió el tramo que faltaba hasta la casa, donde la abuela Coulter, de quien sí guardo algún recuerdo, fue corriendo a abrirles y enseguida hizo un lugar para que lo tumbaran.

No me cabe duda de que Nathan lo veía como el último día de su infancia. Después de ese punto nunca contaba historias de

su pasado. De ahí en adelante se consideraba un hombre y actuaba como tal, un hombre que vivía y trabajaba con su padre y su tío Burley, dando por sentado que trabajaría de lo mismo y en el mismo lugar durante el resto de su vida. Su hermano mayor, Tom, se había ido a vivir por su cuenta, pero Nathan quería quedarse. No había pensado en irse ni, por el momento, en casarse.

Pero luego, al poco tiempo, vino la guerra. A Tom y Nathan los llamaron del Ejército. Tom murió durante el avance en Italia. Andy Catlett fue años después y encontró la tumba. Estaba en un valle no muy lejos de Florencia, en un campo, donde fila tras fila de cruces blancas se alzaban en medio del silencio.

Nathan no “cruzó el charco”, como se decía por estos lares, hasta la primavera de 1945, cuando lo mandaron casi directamente a la batalla de Okinawa. Sobrevivió, ileso, y volvió a casa.

Sin embargo, nunca contaba historias de su pasado que tuvieran lugar tras la muerte del abuelo Coulter. A nuestros hijos les contaba historias de su propia infancia, más que nada de lo que hacían Tom y él. Habían hecho muchísimas cosas, y visto y vivido muchísimas otras, algunas graciosas y otras más bien tristes.

De Tom Coulter solo conozco detalles de cuando era pequeño, por esas historias que contaba Nathan. En cambio, de Tom en su juventud, de ese soldado que había muerto en la guerra lejos de Port William y que nunca volvería, no hablaba nadie. Sabía que no hablaban de él en su última época, fuerte y sano y sin embargo ya tan cerca de su muerte, porque les era imposible. Y yo lo entendía. El silencio se había vuelto una costumbre, porque durante mucho tiempo no pudieron hablar de él sin romper en llanto. Así que Tom hoy perdura en mi mente como ese chico en las viejas historias que Nathan les contaba a nuestros hijos.

Del propio Nathan, entre la época en que Tom y él andaban por ahí y jugaban y trabajaban juntos de pequeños y los años

después de la guerra —cuando yo pude superar la pérdida de mi primer marido, que también murió en la guerra, y por fin pude amar a Nathan y casarme con él—, no sé casi nada, más allá de lo que he aprendido a imaginarme.

En cualquier caso, era un hombre silencioso, que nunca tenía demasiado que decir. No le faltaban anécdotas sobre Burley y Big Ellis y Tol Proudfoot y muchos más, en general graciosas. Pero si bien a veces, muy de vez en cuando, decía algo sobre sí mismo, sobre la época en que empezó la guerra y sus experiencias en el ejército, lo cierto es que de eso hablaba muy poco, y no contaba ninguna anécdota. Si salía el tema, soltaba algún comentario como: “Chicos ignorantes, matándose entre sí”, o algo más o menos igual de breve. Con los años lo escuché lo suficiente como para saber que no le gustaba que hubiera personas capaces de decidir sobre la vida y muerte de los demás. No le gustaba la idea de matar mujeres, niños o ancianos, ni de andar volando el mundo por los aires ni de hacer máquinas complicadas solo para derramar sangre. No sé qué habrá hecho ni qué le habrá pasado durante la guerra. Nunca se lo pregunté mientras estaba vivo. Después de su muerte aprendí lo que pude, más de lo que me fue fácil procesar, sobre la batalla de Okinawa, donde él había combatido.

Conozco la historia de su vida después de la guerra, y sobre todo después de 1948, porque es la historia de mi vida también. Es una historia que compartimos, porque la vivimos juntos. Es la historia de nuestro lugar en nuestra época: nuestra granja de “unas 150 hectáreas más o menos”, como dice el título de propiedad, sobre los cerros y laderas que dominan el arroyo conocido como el Sand Ripple, que baja desde Port William hasta el río. Nathan la compró ese año, en 1948, con la esperanza de que yo aceptara casarme con él, o por lo menos en caso de que yo lo hiciera, porque entonces necesitaría un lugar propio para llevarme a vivir.

Nuestra historia es la historia de nuestra granja: cómo nos casamos y vinimos aquí, nos mudamos a esta vieja casa y la volvimos a poner en condiciones; cómo criamos a nuestros hijos aquí, y trabajamos llenos de ilusión y pagamos la hipoteca, y convertimos una propiedad hasta entonces casi olvidada, con muchísimo uso encima, en una granja respetable; cómo seguimos haciendo nuestra vida aquí día a día después de que nuestros hijos se independizaran; cómo logramos que este lugar continuara lleno de vida y abundancia, viéndolo siempre como un espacio fuera del alcance de la guerra (Nathan, pienso ahora, lo veía como un refugio en pleno incendio); cómo envejecimos juntos, y cómo murió Nathan, y cómo yo seguí aunque sea un poco más para ver qué le deparaba una época menos próspera a vidas como las nuestras y a un lugar como este.

Esta es la historia de mi vida, que mientras la viví fue a la vez una carga, un impulso y una serie abrumadora de estímulos sensoriales, y ahora es como un sueño ya soñado. Estando tan cerca del fin, ¿qué es lo que espero? “Hoy estarás conmigo en el paraíso”.<sup>1</sup> Algún día, espero, conoceré la felicidad de ese “hombre que amaneció muerto” del que solía hablar Burley Coulter.

Esta es mi historia, mi muestra de agradecimiento.

---

1 Lucas 23, 43. [N. del T.]

## 2. Una Steadman

Yo era una Steadman, criada en los cerros más allá de Hargrave. Dalton y Callie eran mis padres, yo era hija única. Vivíamos en una granja humilde, que había quedado en manos de mi abuela desde la muerte de mi abuelo. Mi padre, su hijo mayor, se ocupaba de trabajar la tierra como su aparcerero. Vivíamos con mi abuela en su casa, una casa antigua como tantas otras: cuatro habitaciones en la parte delantera, con la planta alta y baja divididas por un pasillo amplio, y otras cuatro habitaciones distribuidas en L en el fondo. La casa se había construido gracias a los ingresos que dejaba la granja, pero en aquellos tiempos difíciles ya no alcanzaban ni para mantenerla. Estaba descascarada, sin pintar, con el revestimiento de madera descolorido y deteriorado por la lluvia. En algunas partes las piedras de los cimientos se habían movido por debajo de las vigas. Los ambientes eran altos y muy frescos en verano, pero en invierno había muchas corrientes de aire y calefaccionarlos se hacía difícil. Si había mucho viento, por más que te sentaras al lado de la estufa, podías sentir frío en la espalda.

Mi abuela era Arvinia Steadman. Yo le decía “abue”. Era muy buena con nosotros, y todos nos llevábamos bien. Ella y mi madre se repartían las tareas de la casa, y ayudaban a mi padre con el trabajo en la granja cuando hacía falta, como la mayoría de las mujeres. Todos trabajábamos juntos, a veces con los vecinos, en los canteros en primavera, en épocas de cosecha en verano y otoño, y en el cobertizo durante el deshoje del tabaco en invierno. Trabajábamos mucho, desde antes del amanecer hasta después de que oscurecía, y yo les echaba una mano y tenía mis propias tareas para hacer desde que cumplí los cinco o seis años.

Eran épocas duras, y se pusieron más difíciles todavía. Yo tenía siete cuando empezó la Depresión y ocho durante la sequía del verano de 1930, cuando arriábamos a los animales más de tres kilómetros para darles de beber.

Era una época dura y, si se la pudieran imaginar, hoy casi todos dirían que llevábamos una vida dura también. Pero nos entendíamos, nunca pasábamos hambre y teníamos buenos vecinos. Yo en general fui feliz, o por lo menos así lo creía, hasta que cumplí doce años.

Ese año murió mi madre. Tuvo una gripe, después neumonía y, antes de que atináramos a imaginar que podría morir, ya estaba muerta. Junto a su tumba, cuando fuimos a enterrarla, había una montaña de nieve de un lado y una montaña de tierra del otro.

Así aprendí lo que era el duelo, y esa ausencia y ese vacío que durante tanto tiempo hacen que el duelo sea imposible de olvidar. Nosotros tres, los que quedamos, seguimos adelante: no quedaba otra. En términos prácticos nos las apañábamos. Mi abuela todavía conservaba sus fuerzas y tenía cuerda para rato. A mi padre la pérdida lo afectó mucho, al menos durante un tiempo, pero era un hombre capaz, un maestro a la hora de apañarse. Yo ya era lo suficientemente mayor como para hacer el trabajo de una mujer, y eso hacía. Sin embargo, durante el primer año, cada vez que cruzábamos miradas nos invadía la angustia.

Más o menos cuando terminó ese primer año, mi padre se casó de nuevo. No resultó ser la mejor solución, y yo pasé del duelo y la angustia a sufrir un problema distinto. La mujer con la que se casó era Ivy Crutchlow, una viuda de nuestro barrio. No se gana nada rememorando penas pasadas, y hace mucho que dejé de guardarle rencor, pero debo decir que no fue una buena esposa y que le hizo justicia a la mala fama de las madrastras. El problema entre Ivy y yo era que ella tenía dos hijos, Elvin

y Allen, que me llevaban dos y tres años y que eran la luz de sus ojos, como le gustaba repetir. Habían sido su única razón de ser desde la muerte de su marido, así que es entendible que les diera todo su amor y que no le sobrara nada de cariño para mí. Le parecía que yo competía con ellos y, como estábamos justos con todo, siempre se veía obligada a ponerse de su parte. Siempre estaba de pánico en pánico, obsesionada con que sus hijos recibieran lo suficiente, o lo que les correspondiera, o —si de ella dependía— lo mejor. Si yo sacaba mejores notas que ellos en el colegio, como de costumbre, ella reaccionaba como si las buenas notas fueran un bien escaso y yo me estuviera quedando con más de las que me tocaban por derecho. Todo lo que les daba a sus hijos ella lo veía como algo que me estaba quitando a mí, aunque no fuera cierto. Y no podía ocultar lo mucho que la alegraban esas victorias, incluso cuando Ivy sabía que les estaba dando algo que a mí no me interesaba.

Lo peor era que Elvin y Allen, de por sí enemistados conmigo por el favoritismo de su madre, tenían la mente podrida y siempre me estaban espiando y observando de lo más campan-tes, lo que me daba mucha rabia. Nunca había odiado a nadie antes, pero verlos husmear por ahí cuando yo salía del baño o reírse al ver mi ropa interior colgada de la sogá me daba ganas de estrangularlos.

Supongo que mi padre tenía demasiados problemas como para darse cuenta de los míos. Haberse casado con Ivy había sido un error tan grande para él como para mí, y creo que se dio cuenta enseguida. Era un hombre simpático y de buen carácter, quizá porque se ilusionaba con poco, se contentaba con menos aún, y disfrutaba de todo lo que podía. Se llevaba bien con Elvin y Allen porque les contaba chistes y hacían travesuras juntos. Los apodaba Lengualarga y Mandamás. Aunque su madre los consentía y se desvivía por ellos, ninguno de los dos le prestaban

atención, pero sí le hacían caso a mi padre y cumplían las tareas que les daba. De todas formas, en aquel entonces el nuestro era un hogar dividido, triste, y estoy segura de que él lo percibía.

“Al final se verá que nadie tiene más razón que ella en el mundo entero, y va a ser la única en entrar al cielo... exceptuando, supongo, a Elvin y Allen”. Ese es el único comentario que mi padre me hizo sobre Ivy. Más que nada lidiaba con ella haciendo chistes así, y tratando de estar en casa lo menos posible. El fracaso de su relación no era tanto algo que saltaba a la vista como algo que se sentía.

Lo peor que llegué a ver entre ellos dos fue la noche que mi padre se unió a la congregación de la iglesia. Se estaban celebrando una serie de reuniones para ganar nuevos fieles, y nosotros íbamos todas las noches a la iglesia blanca delante del cementerio, en el límite de nuestro pueblecito, Shagbark, en el cruce entre dos caminos.

Era un placer sentarse ahí con todo el mundo en la iglesia iluminada y cantar y escuchar los sermones en esas noches calurosas, mientras se oía el cricrí de los grillos al otro lado de las ventanas abiertas. Qué había hecho mi padre para mostrarse tan arrepentido es algo que ignoro. Pero algo había hecho.

El sermón ya había terminado y estábamos cantando:

*Tal como soy de pecador...*<sup>2</sup>

Apenas vi que mi padre había salido al pasillo para enfilar hacia donde estaba el pastor, supe que tenía algo que ver con Ivy. Se habían peleado, quizá. Entregarse a Dios era un gesto de

---

2 Comienzo de “Just as I Am” (1836), himno religioso compuesto por la poeta anglicana Charlotte Elliott, aquí en la conocida traducción al español del pastor anglomexicano Thomas Martin Westrup. [N. del T.]

entrega hacia Ivy. O también es posible que, como había hecho algo para que Ivy no lo aceptara, ahora esperase que lo aceptara Dios.

Mientras los demás seguíamos cantando, él se quedó ahí, frente a nosotros, con las lágrimas brillándole en el rostro. Después de la última plegaria, cuando la gente fue a hablarle y estrecharle la mano, Ivy debería haber ido también. Mi abuela y yo fuimos, pero Ivy no.

El problema era que, al distanciarse de él, Ivy de algún modo lo distanció de mi abuela y de mí. Lo que para ellos dos debe haber sido algo muy evidente para nosotros era y será por siempre un misterio. Creo que la casa se volvió un lugar extraño para todos. Sin duda lo era para mí, y mi padre se convirtió en un extraño también. Desde que trajo a Ivy y a sus hijos a vivir con él, yo pasé a deberle todo, lo que se dice todo, a mi abuela.

Antaño, mis padres dormían en la sala de estar, donde ponían la estufa grande en invierno. Mi padre siguió durmiendo ahí después de que mi madre muriera, y ahí es donde Ivy y él dormirían más tarde. Mi habitación estaba justo arriba, y el aire de la estufa la calentaba al subir a través de una rejilla en el suelo. Mi abuela dormía en un catre en la cocina grande al fondo de las habitaciones en L, donde cuando hacía falta se calentaba con el horno, y donde tenía su mecedora y su cómoda, un mueble grande en cuyos cajones guardaba su poca ropa de salir y su ropa vieja, y las cosillas que ella no tiraba por si alguna vez le eran útiles.

Mi abuela se había mudado a la cocina cuando mi padre se casó con mi madre. En sus propias palabras, quería quedarse al margen. Quería que mi madre tuviera el resto de la casa para ella. Y lo cierto es que cumplió, tanto mi madre como Ivy, después, tuvieron la casa para ellas. Aun así, al refugiarse en la cocina, mi

abuela seguía ocupando un lugar central. En la cocina era la que mandaba. Ahí los demás hacían lo que decía *ella*. Al instalarse por completo en ese ambiente le había dado la espalda, por así decirlo, al resto de la casa, pero desde la cocina seguía vigilando el jardín, la despensa, el ahumadero, el gallinero, los corrales y los graneros, y a todos los que iban y venían entre los graneros y los campos.

Además de ser buena cocinera, se ocupaba de casi cualquier otra tarea relacionada con nuestra comida. Se encargaba del huerto, y lo que no comíamos cuando estaba fresco ella lo preparaba como conserva y lo guardaba para el invierno. Cuidaba las gallinas y los pavos. Ordeñaba las dos vacas. Mi padre estaba a cargo de los cerdos, pero mi abuela era la autoridad absoluta y la encargada principal de faenar los animales, hacer salchichas, hacer mantequilla y curar la carne. En verano me llevaba a recorrer los bordes de los cercos y los lindes de los bosques y los barrancos a recoger frutos silvestres para hacer tartas y mermelada. Siempre estaba trabajando. Nunca dejaba de hacer nada porque fuera difícil. Lavaba y planchaba, hacía jabones, cosía, emparchaba y zurcía. Todos los sábados llevaba una cesta de huevos y un cubo de nata al almacén de Shagbark. Aunque nunca mencionaba que la propiedad era suya —ni hacía falta tampoco—, sus decisiones en todo lo relacionado con la granja eran palabra santa. Mi padre lo sabía muy bien, y eso es algo que no cambió con la llegada de Ivy.

Mi abuela seguía enorgulleciéndose de la figura que había tenido de joven. Cuando se casó, según contaba, tenía una cinturita tan esbelta que mi abuelo casi podía rodearla totalmente con las dos manos. Después de tantos años pariendo y criando a sus hijos y deslomándose trabajando, había perdido su figura y se había vuelto más lenta, y recordaba su agilidad y belleza de antes con cariño pero sin pena. No se angustiaba por haber

cambiado. A medida que yo fui creciendo y empecé a convertirme en toda una mujer, de vez en cuando se le daba por mirarme de arriba abajo y preguntarme:

—¿Sabías que tu abuela alguna vez también tuvo un cuerpo así?

Y sonreía, consciente de que yo no lograba imaginármelo por más que me lo dijera.

Podía hacer el trabajo de un hombre si era necesario, pero murió sin haberse puesto un solo par de pantalones en toda la vida. Usaba vestidos. Como había enviudado, eran siempre negros. Como los de cualquier mujer de su época, eran siempre largos. En aquel entonces, supongo, todas las chicas debían ser como un regalito bien envuelto, listo para que sus maridos lo abrieran en la noche de bodas, una sorpresa total: “¡A ver! ¿Qué es esto?”

Aunque eran tiempos difíciles y era pobre, mi abuela siempre fue una mujer respetable, y lo sabía muy bien. Si hacía falta, podía hacer que eso saltara a la vista. Sin embargo, en general, cuando estaba en casa o trabajando, usaba ropa que muchas, incluso en esa época, hubieran tirado a la basura. Sus vestidos negros “de estar por casa” estaban descoloridos por el sol y el jabón de lejía y llenos de parches, y se habían deshilachado y deformado de tanto uso. Cuando hacía frío se ponía un abrigo que debía tener más años que ella, pero que, según decía, “seguía estando como nuevo”. Y tanto si llovía como si había un sol que rajaba la tierra se la podía ver usando un par de zapatos que habían quedado de mi abuelo. Nunca se deshacía de una prenda a menos que estuviera totalmente gastada, y entonces guardaba los botones y la usaba para hacer trapos.

Era un ama de casa chapada a la antigua: decidida, habilidosa, ahorrativa y atenta. Trabajaba mucho, aportaba lo máximo, compraba lo mínimo y guardaba todo lo que pudiera llegar

a servir: botones, hebillas, trapos, hilos y bolsas de papel del almacén. Arreglaba las sartenes agujereadas, emparchaba la ropa y zurcía los calcetines. Usaba un ala de pavo como escoba para barrer alrededor del horno.

Siempre tenía un vestido de salir muy cuidado que usaba para ir a la iglesia y al centro. Para esas ocasiones también tenía, desde que la conocí, un sombrerito negro de ala corta con un buqué de violetas de papel, que usaba tan parejo y paralelo al suelo como si fuera un platito lleno de café.

Mi padre no era un hombre de mucha ambición o, para ser honesta, mucho sentido común en todo lo que excediera su vida cotidiana, llena de esfuerzos y privaciones. Si nunca nos faltó comida ni nos faltó nada más —aunque muchas veces estuviéramos al límite— fue gracias a la inteligencia, los conocimientos y la frugalidad de mi abuela.

Y en retrospectiva fue ella la que decidió mi destino. Fue la que marcó el curso de mi vida, sin saber, desde luego, cómo sería esa vida. Me enseñó muchas cosas que iba a necesitar después, sin que ni ella ni yo sospecháramos que iba a necesitarlas. Forjó los lazos que determinarían mi vida, como se verá. Si no hubiera sido por ella, ¿qué habría sido de mí? No lo sé. Lo único que sé es que mi vida habría sido otra. Y solo ahora, ahora que estoy vieja y soy abuela y viuda yo también, puedo mirar hacia atrás y ver cuánto me quería, y puedo retribuir de corazón todo el amor que le debo.

El día que mi padre fue a casarse con Ivy, mi abuela enseguida mudó todas mis cosas a la habitación que estaba sobre la cocina: muebles, ropa, todo. Era una habitación separada de las otras en la planta alta, en la parte delantera de la casa, por un corredor y otro cuarto lleno de muebles rotos y cosas por el estilo. Cuando terminamos, mi abuela cerró las puertas que daban al corredor y se guardó las llaves en el bolsillo.

—Las cosas van a ser distintas en esta casa, y no te conviene quedarte en el medio —me dijo. Yo todavía no captaba a qué se refería, pero ella conocía a Ivy y a sus hijos, claro, y ya se imaginaba lo que iba a suceder.

Esa noche, cuando llegó mi padre con su nueva familia, mi mudanza era un hecho consumado que ni valía la pena comentar. Ivy imaginaría que yo desde siempre había dormido en esa habitación sobre la cocina y que esas puertas siempre habían estado cerradas con llave. En cualquier caso, no hicimos nada para desmentirlo.

Así fue como yo empecé una nueva vida, por llamarla de alguna manera, y desde entonces hasta el momento en que me independicé, esa nueva vida giró en torno a mi abuela.

Ella se puso de mi lado. Mi propia madre ya no estaba. Ivy no iba a ser una segunda madre para mí: creo que eso era algo que mi abuela se veía venir, y no se equivocaba. De modo que zanjó esa distancia que separa a las abuelas de sus nietas y empezó a ser una madre para mí. No le caía bien que Ivy tuviera un favoritismo tan marcado por sus propios hijos, así que ella trataba de disimular su favoritismo por mí, como una cuestión de principios. Y en general lo lograba, en parte porque yo misma necesitaba pasar desapercibida y hacía todo lo posible por cooperar.

Sin embargo, a veces mi abuela me mimaba de un modo que para ella era muy ingenioso y discreto pero para todos los demás saltaba a la vista, y me hacían pasar vergüenza. Por ejemplo, para ahorrar azúcar tomábamos el café amargo, aunque con mucha nata. De hecho, a mí me gustaba así. Pero de vez en cuando mi abuela no aguantaba más, es decir, no aguantaba más verme pasar una privación semejante. A veces yo estaba sentada con los demás a la mesa y mi abuela estaba en su lugar preferido, de pie junto al horno, para servirnos primero

a nosotros y comer ella sola tranquila después, y de repente yo veía su mano por encima de mi hombro, echando a toda prisa una cucharada de azúcar en mi café. Realmente se creía demasiado rápida y avispada como para que nadie más la viera. Desde luego, la veía todo el mundo. Solo de mayor, cuando yo ya tenía hijos, me di cuenta de lo graciosas que eran esas escenas y de lo temeraria que era su devoción. Era como una cabra vieja con una sola cabrita.

De todas formas, el cariño que me profesaba también dio frutos más prácticos.

—Vas a necesitar algo de dinero propio, querida —me decía ella.

Estaba pensando en lo que se avecinaba. No tengo la menor idea de lo que estaría suponiendo, pero enseguida entendí que se estaba adelantando a algo. Ella sabía que alguna vez yo dejaría de ser una niña y tendría que cubrir mis necesidades. Y, si bien por momentos me daba miedo pensar que se avecinaba una época que me impondría tantas exigencias, mi abuela ya era una mujer exigente en el presente y no me dejaba mucho tiempo para preocuparme por el futuro.

Ella no había recibido mucha educación formal —solo había hecho la primaria—, así que le daba mucha importancia al colegio.

—Quiero que les des caña a los libros —decía—. No dejes los estudios.

Así que, por las noches, cuando los demás se habían ido de la cocina y nosotras ya habíamos levantado los platos, nos sentábamos a la mesa una frente a la otra, con la mejor lámpara de aceite entre las dos, ella con su costurero y su ropa y yo con mis libros. A veces levantábamos la vista y charlábamos un poco, para descansar un rato, pero ninguna se acostaba hasta que yo hubiera hecho los deberes.

Por lo que ella veía, sin duda le di caña a los libros. De hecho, me gradué con la mejor nota de mi clase de diez alumnos en la escuela de Shagbark. Y una vez más mi abuela me hacía pasar vergüenza cuando les decía a Ivy y a sus hijos, que eran unos resentidos, y a otros, que no tenían el menor interés en el asunto:

—Se graduó con la mejor nota.

Como ella bien sabía, ganar dinero iba a ser algo tan importante para mi futuro como tener estudios. Para solucionarlo, me puso a trabajar, y así me hizo aprender cosas tan vitales como las que aprendí de los libros, y más útiles. El día que mudamos mis bártulos al cuarto de arriba, me dijo:

—Vas a necesitar algo de dinero.

Y agregó:

—A ver. Tendrías que aprender a darte maña. De ahora en adelante, cuando estés en casa y no tengas que estudiar, quiero que me ayudes.

Yo tenía doce. Desde ese momento hasta que cumplí dieciocho y me gradué en el instituto, trabajé siempre con ella: en la cocina, en el gallinero, en el establo de las vacas. Seis años. Cuando hacía falta era muy rigurosa con sus lecciones. Me hacía realizar cada tarea como correspondía. Y aprendí todo lo que sabía ella, que resultó ser todo lo que necesitaría saber después de casarme con Nathan en 1948. Aunque no podría haberlo sabido, y nunca llegó a enterarse, todo lo que me enseñó echó raíz y floreció con el tiempo.

Mi abuela me pagaba con lo que sobraba de los huevos y la nata que llevábamos a Shagbark todos los sábados para vender en el colmado. Con lo que sacaba de eso yo me compraba mi ropa y las pocas cositas que me hacían falta. Eso, como bien había predicho mi abuela, me dio cierta independencia de Ivy, que ahora no podía acusarme de estar gastando el dinero de mi

padre. Lo que no gastaba, lo ahorra. A lo largo de esos seis años ahorré 162 dólares con 37 centavos.

Mi abuela era madrugadora. Se levantaba mucho antes de que saliera el sol, incluso en verano, en parte porque ya había dormido todo lo que podía, pero también porque era una costumbre de la que estaba orgullosa, y que me inculcó a mí también. Yo oía el crujido de su catre cuando se incorporaba y empezaba a tantear con los pies buscando las zapatillas de estar por casa que siempre usaba. Avanzaba a tientas hasta la mesa, prendía una cerilla y encendía la lámpara. Después metía la leña en el horno y abría el respiradero. Y entonces, cerca del calorcito si era invierno, se ponía la ropa. Luego cruzaba la cocina hasta el mueble tocador y vertía algo de agua fría del cubo para lavarse la cara. Una vez hecho todo eso, se sentaba en la mecedora para cepillarse el pelo, antes de recogérselo en un moño por el resto del día. Mientras yo me cambiaba y me cepillaba el pelo también, me quedaba escuchándola, identificando cada uno de sus movimientos a través de los ruidos que hacía. Cuando yo bajaba las escaleras de atrás, cruzaba el porche y entraba a la cocina, la cafetera ya estaba en la hornalla silbando bajito y mi abuela cortaba el pan para el desayuno.

Desayunábamos las dos mientras el resto de la familia dormía y, mientras desayunábamos, charlábamos. Era nuestro recreo. A veces mi abuela me contaba recuerdos de las cosas que había llegado a tener en su vida y, aunque muchas ya se habían esfumado para entonces, me hablaba de ellas con aplomo, solo para que yo estuviera al tanto. O charlábamos sobre lo que habíamos estado haciendo y lo que íbamos a hacer. Me hacía preguntas sobre la escuela y sobre la vida que llevaba cuando no estaba en casa y sobre mis expectativas, y yo le contaba todo mientras ella me escuchaba con atención. Me estudiaba. A veces se me metían ideas ridículas en la cabeza, y cuando se las

contaba me daba cuenta de que eran ridículas, y ella no necesitaba decir nada. Cuando terminábamos de comer y de tomar el café, hacíamos el desayuno para los demás y salíamos a ordeñar las vacas y hacer el resto de nuestras tareas matutinas.

Esa era la vida que mi abuela trazó para mí, y que ella usaba para protegerme de los celos de Ivy y las burlas de sus hijos. Era una buena vida, además. Cuando se terminó, caí en la cuenta de que había sido más feliz de lo que pensaba. Podría decirse que lo teníamos todo salvo dinero, por lo menos mi abuela y yo. Nos teníamos la una a la otra, y teníamos nuestras labores, y no había tiempo para andar pensando en lo que nos faltaba.

Mi abuela se aseguró de que yo trabajara y estudiara y tuviera algunos ahorros. Así lo exigía la época y así lo exigía su carácter. Pero también procuró que tuviera acceso a los placeres que, en su opinión, me había ganado. Las “actividades extracurriculares” que ofrecía la escuela no eran tan numerosas como ahora, ni mucho menos. No nos sobraba el dinero, y tanto yo como los hijos de Ivy teníamos que volver a casa para trabajar. Pero todas las semanas había un partido de béisbol al que asistíamos cuando podíamos, y alguna que otra fiesta de vez en cuando, y una especie de festival en mayo, al terminar las clases.

Cuando pensó que yo tenía edad suficiente, mi abuela me dejó empezar a salir con chicos. Era muy estricta con la hora a la que debía volver, y los chicos tenían que presentarse ante ella cuando salíamos y cuando llegábamos a casa. Ella misma se encargaba abriendo la puerta de la cocina y diciendo:

—Jovencito, entre y déjeme que lo vea.

Tenía miedo de que yo terminara casándome antes de tiempo por quedarme embarazada, o de pura tonta. Me decía:

—Siendo tan buena y tan inteligente, sería un desperdicio. Y puede que ser tan guapa te juegue una mala pasada. Podría llevarte muy pronto a una vida que no querías tener.

No me molestaba tanto que me vigilara, quizá porque los chicos con los que yo salía en realidad no me interesaban tanto, aunque eran buenos y me gustaban. Sabía que yo era una tentación para ellos, pero todavía no había conocido a ninguno que ni siquiera mi abuela considerara muy peligroso para mi futuro. Ella me había dicho exactamente lo que tenía que hacer si alguno se pasaba de la raya. Tenía que sacarle la mano de donde él la hubiera puesto, mirarlo bien a los ojos y decirle:

—¿Te animarías a hacer eso delante de mi abuela?

Pero faltaba mucho para que yo dejara que las cosas llegaran tan lejos.